

Hoja Dominical

APROBADA Y BENDECIDA POR LOS SEÑORES OBISPOS DE COSTA RICA

AÑO
XVIII

Redacción y Administración
PP. Capuchinos, Cartago.

5 ejemplares semanales
₡ 7.00 al año.

50 ejemplares semanales
₡ 1.25 cada semana.

Nº.
849

SANTORAL

<p>Dom. 25 XIX después de Pentecostés. San Cleofas, Herculano y Alejandro ob.</p> <p>Lun. 26 Santa Justina vg. Eusebio y Virgilio obs.</p> <p>Mart. 27 San Cosme y Damián, Marcos y Cayo obs.</p> <p>Miérc. 28 Santos Wenceslao, Privato, Marcial y Lorenzo mártires.</p>	<p>Juev. 29 San Miguel Arcángel, y los mrs. Eutiquio y Gudelia.</p> <p>Viern. 30 San Jerónimo y los mrs. Víctor y Antonio.</p> <p style="text-align: center;">LUNA NUEVA a la 1 y 10 p. m.</p> <p>Sáb. 1 San Remigio ob. y los mrs. Crispo, Platón Crescente.</p>
---	--

Domingo XIX después de Pentecostés

Evangelio según San Mateo—Cap. XXII.

En aquel tiempo hablaba Jesús a los príncipes de los sacerdotes, y a los fariseos en parábolas, diciendo: En el reino de los cielos acontece lo que a cierto rey que celebró las bodas de su hijo; y envió sus criados a llamar los convidados a las bodas, más estos no quisieron venir. Segunda vez despachó nuevos criados con orden de decir de su parte a los convidados: Tengo dispuesto el banquete; he hecho matar mis terneros y demás animales cebados, y todo está a punto: venid, pues, a las bodas. Más ellos no hicieron caso; antes bien se marcharon, quien a su granja, y quien a su tráfico ordinario. Los demás cogieron a los criados, y después de haberlos llenado de ultrajes, los mataron. Lo cual oído por el rey, montó en cólera, y enviando sus tropas acabó con aquellos homicidas, y abrasó su ciudad. Entonces dijo a sus criados: las provisiones para las bodas están hechas, más los convidados no se dignaron asistir a ellas. Id, pues, a las salidas de los caminos, y a todos a cuantos encontráreis convidadlos a las bodas. Al punto, los criados salieron a los caminos, reunieron a cuantos hallaron, buenos y malos; de suerte que la sala de las bodas se llenó de gentes, que se pusieron a la mesa. Entrando después el rey a ver los convidados, reparó allí un hombre que no iba con vestido de boda, y díjole: Amigo; ¿cómo has entrado tú aquí sin vestido de boda? Pero él enmudeció. Entonces dijo el rey a sus ministros de justicia: Atado de pies y manos, arrojadlo fuera a las tinieblas, donde no habrá sino llanto y crujir de dientes. Tan cierto es que muchos son los llamados, y pocos los escogidos.

Aplicación moral

La consecuencia que para nuestra conducta cotidiana debemos deducir del Evangelio de hoy ha de ser un santo temor de los juicios de Dios, siempre necesario, pero cuyo recuerdo es hoy oportunísimo, porque el desgraciado aforismo del herejarca «crede fortiter et pecca fortius» parece regla de vida en la inmensa mayoría de los creyentes. No temos que la falta de vestido nupcial pasó desapercibida a los ministros del rey y a los sirvientes del convite. El desgraciado atrevido quedó al descubierto en el momento en que el rey entró al banquete que iba a comenzar. Es evidente que aquel invitado no se había puesto sobre sus andrajos la bata o turbante obligado en Palestina, aunque el invitado sea muy pobre: si no lo tiene, lo pide prestado. Era por tanto faltar a las reglas corrientes de civilidad y deshonor para el rey presentarse sin el traje de bodas; ¿cómo no lo notaron los servidores? ¿cómo no evitaron a su Señor el desagrado de tener que proceder por sí mismo a la expulsión

del indigno? Esta circunstancia ciertamente notada por el Divino Maestro, nos indica el sentido espiritual de toda la parábola. Hay muchos invitados al reino de los cielos, al convite eterno, que pueden conservar apariencias de dignidad, mientras no llega la hora del desposorio final y eterno; en la Iglesia y aún en la sagrada Mesa Eucarística se sientan muchos indignos, engañan a los ministros de Dios, pasan por buenos, pero su alma desnuda de la vestidura de la gracia, está patente a los ojos de Dios.

Terrible situación la de quien se llega a la Comunión en pecado; allí come su juicio y su condenación eterna; no se probó antes a sí mismo, no calculó la santidad infinita del Esposo que recibe, creyó que podría ofuscarlo con el oropel de una fe muerta, y se sentirá un día rechazado por sacrilego profanador del amor de Dios, de la casa de Dios; reo de su Cuerpo y Sangre preciosa. Ya veis si es grave la admonición que se desprende de la parábola. Ese vestido nupcial es la caridad, es la vida

de nuestra fe, son las obras que la demuestran: si no las tenemos, nuestro fracaso, a plazo más o menos largo, es seguro: si las tenemos, avancemos confiados entre los hijos de la Iglesia, acerquémonos ansiosos a la Comunión; pan es y no veneno: pan que nutrirá nuestra vida espiritual, que consumará en la tierra nuestra incorporación a Jesucristo por el bautismo, y preparará nuestra definitiva asociación de amor y de goces en la herencia del cielo.

EL COMUNISMO Y SU REMEDIO

VIII

El comunismo negativo, enemigo acérrimo de toda propiedad pública o privada, así de los bienes productivos como de los de consumo, cuya utópica enseñanza se resume en la famosa fórmula: «todo de todos, nada de nadie»; el comunismo positivo absoluto, que se opone, como el anterior, a toda propiedad privada, de los bienes productivos y de los de consumo, pero que admite la propiedad pública, mediante la entrega de todos los bienes económicos a la comunidad, que regulará la producción y aplicación de los mismos; y el comunismo positivo moderado, que, al rechazar la propiedad privada de algunos bienes, pero no de todos, admite, como el anterior, la propiedad pública, quedando solamente de propiedad privada los bienes de consumo, prescinden las tres modalidades expuestas de cualquiera proyecto económico, que no esté basado en los derechos indiscutibles del hombre, a saber: libertad de trabajo y libertad económica.

El liberalismo económico, tan aplaudido por la escuela liberal, madre fecunda de todas las libertades de pensamiento y de conciencia, que tantos gobernantes de nuestros tiempos elevan al carácter de dogmas sociales infangibles, tiene el triste honor de resucitar la idea aristotélica del trabajo envilecedor y degradante, relegando al hombre obrero al estado de una máquina de consumo y de producción y al trabajo de tal desgraciado obrero a una mercancía. Aristóteles dijo claramente: «Un perfecto ordenamiento social no admitirá jamás al trabajador en el número de los ciudadanos». En el mismo sentido se expresaba Cicerón: «las ganancias del trabajador son indignas de un hombre libre, el salario es el precio de la esclavitud». El trabajo mercancía, dice Dárdano, consecuencia del concepto pagano del trabajo, ha engendrado la concurrencia, el mercado, la plaza de trabajo; ha confundido el pacto con la justicia, y reducido la suerte del trabajador a peor condición que la de esclavo». Mas no es este concepto del trabajo, reproducido y reducido por el liberalismo, el concepto verdadero del trabajo que enseña la Iglesia y la Economía social católica.

El trabajo «es, sin duda alguna, el ejercicio de la actividad humana aplicado a la producción económica, cuyos caracteres o tendencias están constituidos por una serie de esfuerzos, que si bien algunas veces, siendo moderados, producen placer, las más de las veces, sin embargo, realizan por necesidad, utilidad, obligación o deber y pena. Enseñanos el sagrado libro del Génesis que el hombre, aun en el estado original, estaba sujeto a la ley de trabajo, porque «tomó el Señor Dios al hombre, y púsole en el paraíso del deleite para que lo labrase y guardase», (Génesis, 2, 15) ley santa y divina que tendía a la perfección espiritual del hombre, que no convenía estuviera ociosa su naturaleza física.

Después de la caída, después del pecado, esta ley soberana del trabajo, impuesta por el Hacedor Supremo, además de la utilidad física tuvo y tiene junto con la necesidad el carácter especial de penalidad, como se desprende de las palabras del libro antes citado: «Comerás el pan con el sudor de tu rostro, hasta que vuelvas a la tierra, porque eres polvo, y en polvo te convertirás». (Génesis, 4, 19).

El concepto libérrimo del trabajo, que los comunistas de todos los matices imponen al proleta-

riado, al pobre obrero, se opone al concepto católico del trabajo, que aparte del carácter de necesidad, ostenta también el bello fin de «medio de dignificación y rehabilitación del trabajador». Idea sublime, como cuanto procede del cristianismo, anunciada ya en la ley mosaica con la institución del sábado, del setenato y del jubileo y constantemente enseñada, a través de los siglos, doctrinal y prácticamente por la autoridad infalible de la Iglesia católica.

Deben, pues, como uno de tantos ineludibles remedios, los obreros volver al concepto legítimo del trabajo, impuesto al hombre por la sabiduría de Dios para su perfección espiritual y para su misma dignificación, restauración y grandeza. El trabajo realizado en cumplimiento del mandato y ley divina, no envilece y ni degrada según sostuvo el paganismo, sentado en las tinieblas y sombras de la muerte. El trabajo, según el concepto cristiano, restaura, purifica, engrandece y eleva al hombre caído y mal trecho por las consecuencias del pecado original.

Pero no solo trastornan los comunistas el concepto del trabajo siguiendo en esto la escuela liberal, sino que además, dentro de los principios comunistas y según las distintas modalidades económicas de los comunistas no hay tal trabajo libre, porque el hombre en el estado real y verdadero del comunismo contemporáneo, pierde toda libertad para convertirse solamente en una máquina o instrumento del Estado, donde debe estar acumulada la propiedad y todas las actividades deben ser dirigidas y reguladas por él o por la Comunidad nombrada por el Comunismo.

Debemos, por lo tanto, afirmar nuevamente que el comunismo en vez de solucionar la cuestión social palpitante y amenazadora, la complica y agrava de manera extraordinaria, según lo demuestran eloquentemente los sucesos mundiales.

Luego, aunque sea duro y sensible para los renombrados maestros de la escuela liberal y del comunismo, no queda otro remedio para la solución del conflicto social que volver a las sabias enseñanzas de Jesucristo, que textualmente nos dice que: «siempre tendremos pobres en medio de nosotros». La pobreza tiene su eficaz remedio en la caridad cristiana, enseñada y practicada por el Divino Maestro y ésta caridad santa y divina parece hallarse escondida en los presentes tiempos en aquellas almas privilegiadas que obran el bien por amor a Dios y al prójimo.

Volvamos a este amor santo y divino, resplandor inefable de la misericordia y bondad de Dios, que suele también reverberar en las criaturas racionales, creadas a su imagen y semejanza divinas. Volvamos todos sin distinción de profesiones a la práctica del amor cristiano, convirtiéndonos todos en samaritanos compasivos, que no pasemos de largo como el sacerdote y levita de la divina Parábola, sino que nos detengamos al lado de la pobreza, de la miseria, de la enfermedad y de la desgracia para cumplir con heroísmo cristiano el mandato Evangélico: Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen.

R. P. C.

LA OLA NEGRA

La marcha de los tiempos permanece secreta para nosotros. Sin embargo, volvemos la vista atrás y nos instruimos y adquirimos confianza. La sociedad, como el mar, unas veces, está tranquila y otras alborotada. Las aguas que un día, rugientes, se tragan una barca de pescadores, al día siguiente aparecen hermosas y serenas, reflejando el azul del cielo.

En España corren los cristianos un temporal deshecho. Más furioso los han corrido en otras naciones. Cierta día, un alcalde suprime el crucifijo de la escuela; otro alcalde aprisiona a un sacerdote por acompañar un entierro; otro considera que el *Quijote* es poco láico, y prohíbe en las escuelas; otro impone multas a las señoras por el delito de

llevar colgado del cuello un crucifijo; otro impide la peregrinación a un santuario.

Es un pequeño terremoto que echa abajo unas cuantas casas; es una ola maléfica que hace zozobrar algunas barquillas.

Nos sentimos heridos, pero los heridas se cicatrizan, nos sentimos encadenados, pero las cadenas se rompen. La Divina Providencia no ha escatimado a los hombres el combate, la enfermedad y la miseria; mas la fe del cielo, nos salva y nos corona. Sin la fe ni se salvan los pueblos ni los individuos. La historia nos dice que todas las grandes épocas de la Humanidad han sido épocas de fe. La experiencia nos enseña que nuestro carácter declina el día que perdemos la fe. El comerciante incrédulo fia su paño con más confianza al creyente que al impío. El excéptico ríe del que entra en la Iglesia, pero le da la mano de mejor gana que al que blasfema.

Nacemos engendrados en la fe, venimos al mundo sellados por la mano de Dios; y nuestra decadencia principia así que intentamos borrar el sello divino. Nuestro corazón tiene ansia de fe. El pobre marinero, cuando advierte que el barco se hunde, pide socorro al cielo. Todos lo pedimos igualmente cuando nuestra vida se resquebraja y nos vemos abandonados de los hombres.

Bajemos la cabeza y dejemos pasar la ola. Pronto se calmará la mar y lucirá el sol.

Lo que tengo ante los ojos alienta mi esperanza. Llego a este pueblo de Francia después de dos años de ausencia, y observo que la fe ha crecido como los árboles. Más respeto a la creencia, mayor devoción. En este tiempo se han levantado dos templos, uno en la playa de Cap Bréton, otro allá enfrente, en la de Hossegord. En la patria de Voltaire se construyen iglesias. En la de Santa Teresa se queman. Se alzan en las encrucijadas de las carreteras estatuas del Sagrado Corazón de Jesús, sin que ninguna mano sacrílega intente derribarlas. Ayer he visto en la iglesia una muchedumbre que se acercaba al altar para recibir la Comunión.

Hace siglo y medio el que pretendía comulgar subía a la guillotina.

Con razón se dice que los días se suceden, pero no se parecen. Todavía después de aquellos aciagos han obscurecido el cielo algunas nubes. Dos gobernantes sectarios se obstinaron en herir la conciencia religiosa de su patria. Mas ésta sopló sobre las nubes y volvió a lucir el sol.

La mujer francesa es quien ha logrado ahuyentar los espíritus malignos. Esta mujer francesa, tan calumniada por novelistas sórdidos, guarda en el fondo de su corazón el tesoro de la piedad cristiana.

A la mujer española le toca hacer lo mismo. Esperemos de ella la regeneración espiritual de nuestra nación.

Cuando los discípulos del Crucificado huían desbandados del lugar del suplicio, solamente las mujeres permanecieron, intrépidas, al pie de la Cruz. Hoy que los católicos españoles titubean o se esconden, las mujeres aparecen tranquilas, cruzan de su cuello el santo crucifijo, y se exponen impávidas a los insultos y a los brutales atentados de la barbarie imperante.

No hay que pedirles valor, pero sí prudencia. Que no se dejen engañar. Que no escuchen el reclamo melodioso de los que buscan su amparo para lograr ambiciones políticas y satisfacer mezquinos intereses personales.

Santas mujeres españolas, poned vuestros ojos en el cielo; no miréis a la tierra. Dejad que se hundan los tronos de barro. Salvad el trono de Dios.

Armando Palacio Valdés

EL SECRETO PARA SER FELIZ

Se lo voy a decir a mis amigos, más claro que el sol de medio día.

El secreto para ser feliz es ser honrado y tener buena conciencia.

Vivo sin remordimiento de lo pasado. No pasa por la puerta de mi conciencia ese fantasma aterrador e inexorable que pasa, ¡oh pecador mundano! por la tuya y te saluda todas las mañanas y todas las noches y todos los días con su horrible «Alerta! ¡Tú eres malo!»

A mí la conciencia me saluda, cuando viene, con otras palabras más alegres: «Descansa. No temas, estás en gracia de Dios».

Vivo sin ese vértigo de la pasión atormentadora que no os deja descansar a los que viváis con ella. ¿Quién es capaz de decir ni enumerar las desazones que pasáis los mundanos para alcanzar vuestros goces? Antes de conseguirlos ¿cuánto tenéis que arrastraros y adular y humillaros? ¡cuántos afanes! ¡cuántos gastos! ¡cuántos deseos frustrados! ¡cuántos desaires feísimos! ¡cuántas irrisiones! ¡cuántas ridiculeces y bajezas!

Cuando conseguís lo que anhelaís ¡cuántos temores y sospechas si es bueno! ¡cuántas envidias y celos! y qué hastío y desengaño al ver que en lo que con tanto anhelaís no está la felicidad.

Y a la larga ¡cuántos desastres muchas veces, cuántos compromisos, vergüenzas, estragos de salud, ruinas de haciendas, cansancios, fatigas, riñas, desavenencias y desequilibrios, de mil clases!

El secreto para ser feliz, lo sé yo por experiencia, es tener la conciencia limpia y tranquila.

Decidme, ¿de dónde salen esos infelices que se suicidan cansados de la vida? ¿De los conventos o de las salas de juegos y de los bailes? ¿De la sociedad de los honrados y justos o de las reuniones de los mundanos y libertinos? ¿De los que viven castamente o de los que se dan a todos los placeres?

Luego, es cierto que el dolor, la amargura, la intranquilidad, la miseria, está entre ellos.

El secreto para ser feliz no está en tener dolor o en tener placeres.

Placeres y dolor hay en la sociedad de los justos y en la de los mundanos. El secreto para ser feliz está en vivir honradamente con gracia de Dios.

Y si no, ved cómo los buenos en medio del dolor viven resignados y los malos desesperados. Ved cómo los buenos viven aún padeciendo gozosos, y los malos aún gozando están intranquilos, y ¡maravilla! tanto más enfermos cuanto más gozan.

Tened la conciencia tranquila y podréis ser en cuánto en este mundo çabe, felices. N.



—Si queréis ahorraros muchas penas, disminuíd vuestras relaciones con los hombres, y aumentadlas con Dios: cambiad el bullicio del mundo por la tranquilidad del campo.

—El hombre sin carácter es como un niño, a quien impresiona cuanto le rodea.

—Nada es más peligroso a la sociedad, que un hombre sin carácter.

—Un gran carácter se compone de dos elementos: de las ideas que dirigen la fuerza, y de la fuerza que dirige las ideas.

Imp. «EL HERALDO», Cartago

EL CRUCIFIJO

Sin forma escultural, tosco, mal hecho, pero es la sola herencia que en el mundo mi Madre desolada, al pie del lecho recibió de su padre moribundo.

Ese Cristo sin arte y sin historia fué para el pobre hogar que le dió abrigo, urna de bendición, fuente de gloria, y mudo, sí, pero inmutable amigo.

El en la adversa y próspera fortuna, avivó la piedad de mis abuelos, doró sus dulces sueños en la cuna y les mostró la senda de los cielos.



Con religioso amor guardo una talla que representa a Cristo, cuando inerte y ya sin fuerzas, en la Cruz batalla con las fieras congijas de la muerte.

DE MI HOGAR

El les dió un corazón entero y sano nunca sobresaltado por el grito del pertinaz remordimiento humano que acosa al criminal con su delito.

El calmó su angustiado pensamiento en las horas sin fin de la agonía, y recogió su postrimer aliento y su última mirada incierta y fría.

Por él cuando la hambrienta sepultura aquel honrado hogar dejó vacío, tuvieron ¡ay! sus hijos sin ventura a quien llamar llorando: ¡Padre mío!

A. de N.

TRIUNFOS DE LOS ESTUDIANTES CATOLICOS

En los numerosos concursos escolares y patrióticos que este año se han celebrado, en honor principalmente del año bicentennial del nacimiento de Washington, se han llevado la máxima parte de los triunfos, premios y trofeos, los estudiantes de las escuelas católicas.

Ocupa entre estos triunfos el primer lugar por su importancia intrínseca y por la resonancia nacional que le dió todas la prensa norteamericana, la medalla nacional de oro, que de manos del mismo presidente Hoover recibió la señorita Betty Troy, alumna de la Academia del Sagrado Corazón de Stamford, Connecticut, por haber escrito la mejor composición sobre Jorge Washington. Además de este triunfo nacional, ganado por la escuela católica en competencia con todas las escuelas públicas de la nación, los estudiantes de las escuelas católicas salieron triunfantes en los concursos preliminares que se celebraron en cada uno de los Estados de la Unión. En nueve de estos Estados ganaron los primeros puestos los católicos.

En el torneo nacional de oratoria celebrado en Washington el pasado Junio, estudiantes de las Universidades Católicas de Nueva Orleans y Fordham, ganaron el segundo y tercer premio respectivamente. Y en el concurso de oratoria internacional, que se celebra anualmente, el primero y el segundo premios los llevaron el joven estudiante del Liceo Católico de Overveen, Holanda, Enrique Van Hoof, y el alumno de la escuela de San Jacinto de Quebec, Gerard Cournoyer; siendo ésta la cuarta vez de las seis que se han celebrado, que un estudiante católico gana el campeonato de oratoria.

Una mirada retrospectiva sobre los numerosos concursos nacional y locales instituidos por diversas asociaciones literarias, históricas, periodísticas, universitarias, fraternales y patrióticas en el pasado curso nos revelan una serie ininterrumpida de primeros triunfos obtenidos por alumnos católicos en los campos del periodismo, de la historia, de la literatura dramática, de la pintura, de la arquitectura y de la música.

No menos aparece la superioridad de los estudiantes de las escuelas católicas sobre los de las públicas en las competiciones a las becas que anualmente celebran los Colegios y Universidades de los diversos Estados de la Unión. Pero no es necesario aducir más ejemplos para demostrar hasta la evidencia que la escuela católica, lejos de merecer el apodo de obscurantista y retrógrada, que sus ignorantes y maliciosos enemigos le aplican, va, por el contrario, al frente de la verdadera civilización y progreso.

Campaña en pro del analfabetismo

Asi se ha llamado la emprendida por el Gobierno de México contra las escuelas privadas. Si el año pasado quedaron en el Distrito Federal 25,000 niños sin instrucción por falta de escuelas públicas, este año pasarán de 55,000. Prefieren el analfabetismo antes que la enseñanza privada, aunque para

eso roben a los padres uno de sus derechos más elementales.

En el Estado de Querétaro, por orden del Gobernador, se están robando los tesoros artísticos de las iglesias. El Gobierno respeta la «soberanía» del Estado... para robar bienes «nacionales», robados a la Iglesia. Si se trata de robar a alguna compañía norteamericana... ¡sería anticonstitucional!

Leemos en la prensa del Estado de Veracruz, donde se imposibilita la acción del sacerdote, se ve invadido por los espiritistas... Sabemos que los anticlericales y protestantes también se mueven...

Ejemplos patentes de la «libertad» y «cultura» que prevalecen en México.

SE ABREN LAS ESCUELAS EN LOS EE. UU.

Estos días se abren las escuelas. Más de dos millones de niños y jóvenes se matricularán en las católicas. El Gobierno se complace en ello por los muchos millones de dólares que se ahorra el Estado, y por la moralidad y principios sólidos que en ellas se enseñan, necesarios para el verdadero patriotismo,

¿Quién tiene razón: el Gobierno mexicano fomentando el analfabetismo en su satánico afán de exterminar la enseñanza religiosa con tal que se fomente la instrucción del pueblo?...

LO QUE PUEDE UN PERIODICO

Un periódico católico puede ser más eficaz, y de hecho lo es, que un púlpito y una tribuna.

En derredor de la tribuna se congregan los predispuestos; al pie del púlpito se reúnen los convencidos.

El periódico, sin embargo, horada las montañas, surca los mares, penetra en la mansión del poderoso y asciende a la buhardilla del pobre.

El periódico, aún roto en pedazos, puede iluminar un cerebro y hacer latir un corazón.

El periódico aún arrugado por mil manos, aún envolviendo un par de zapatos o unas corbatas, fácilmente puede llegar al alma de un miserable y de un canalla y hacerle comprender que lo es y que debe dejar de serlo.

El periódico, en una palabra, es el barrenazo que echa abajo todas las murallas.

EN FAVOR DE LA PRENSA CATOLICA

¿Dinero para templo? admirable.

¿Dinero para hospitales? Meritísimo.

¿Dinero para escuelas, para asilos, orfanatos, comedores económicos, obras sociales? Digno de loa y aplauso.

Pero ántes que para todas estas empresas de devoción y de caridad, dinero para el periódico católico. Porque sin periódico católico, que es la trinchera en que se estrellan los embates del enemigo, vendrá éste y se quedarán con templos, hospitales, escuelas, asilos y orfanatos, y hará de ellos armas contra la fe.